

DIARIO DE CORDOBA

Teléfonos 13 y 37

DE COMERCIO, INDUSTRIA, ADMINISTRACIÓN, NOTICIAS Y AVISOS

Teléfonos 13 y 37

NÚM. 12,790

Suscripción en Córdoba } Por un mes... 2 Pesetas.
} Por trimestre. 5,50 »
Fuera de Córdoba..... } Por un mes... 2,50 »
} Por trimestre. 7 »

VIERNES 10 DE AGOSTO DE 1894

Los señores suscritores á este periódico tienen derecho á insertar gratis en sus columnas un anuncio ó comunicacion al mes, que no exceda de quince líneas y que sea de su exclusivo interés.

AÑO XLV

SAN LORENZO CÓRDOBA

Muchas pretensiones tuvo nuestra ciudad en siglos anteriores á pasar por cuna del ínclito mártir San Lorenzo. Confundíanse entonces en unas mismas aspiraciones el patriotismo y la piedad, y á palmas disputaban nuestras ciudades españolas el glorioso honor de haber dado vida á héroes exímios de la fe cristiana, y á bienaventurados que la Iglesia venera.

En el siglo XVII se acaloró en nuestro suelo la contienda por defender para Córdoba la maternidad de San Lorenzo, martirizado en Roma con tormento de fuego en 10 de Agosto del año 258, tercer siglo de nuestra era. Aspiraba Huesca principalmente á disputarle tan alta honra. Los hombres de letras cordobeses se empeñaban en negarle sus títulos y los vindicaban para esta ciudad. Entre ellos figuraban los doctos P. Martín de Roa y Pedro Díaz de Rivas. Al primero dió ocasión la controversia para emprender su obra del *Principado de Córdoba*, que escrita al principio en idioma latino, su respetable autor la vertió después al castellano, y castellano de pureza y pulidez gratísima.

Pero ahora nos hace el caso conmemorar á otro escritor nuestro compatriota, autor de un libro poco leído en la actualidad, y que se imprimió en Córdoba con licencia en 1673. Fué este libro, en folio, y de 225 páginas á dos columnas, el titulado *Certámen histórico—por la patria del esclarecido Proto mártir español San Laurencio*. Las ampliaciones del título alargan desmedidamente la portada, exponiendo que se responde á varios autores especialmente aragoneses que se nombran, cuales son Ostariz, cronista de Felipe IV; Valléster, Arcediano de Murviello; el doctor Vidania y el doctor Dormer, militantes por Huesca y Valencia. Nuestro escritor del *Certámen* es don Francisco Carrillo de Córdoba, que á esta ciudad dedica su trabajo. Pesado y prolijo de suyo, no es de lo más adecuado para entretenernos en nuestros días. Se halla escrito con una erudición, una paciencia y una fuerza de fe y convencimiento singulares; pero su doctrina podría mucho compendiarse. Insistente y tenaz, no omite Carrillo la mejor razón que le favorezca, ni perdona la objeción más insignificante, proponiéndose y esforzándose

las dificultades de que, con su propio contentamiento triunfa, ó se da por vencedor. Y si, á la verdad, no saca la cuestión del campo de lo disputable, no deja de producir dudas sobre los fundamentos en que le apoyan sus adversarios; perjudicándole, tal vez, el *nimis probat* y el empeño excesivo de corroborar su parecer.

Refiere el martirio del santo al año 261 de J. C., y se esfuerza al probar lo antiguo de la tradición que lo hace cordobés, evocando la autoridad de un santoral manuscrito que le guardaba en el archivo de la Catedral, antiguo de mil ó cuando menos de cuatrocientos años, donde se dice *Cordoba natus*: enumera otras autoridades y textos en su favor. Tales son el Arzobispo de Granada don Fray Fernando de Talavera: un Breviario de 874 años: el testimonio de don Juan Mellado de Almagro, en una de las aprobaciones que recuerda las públicas luminarias con que se festejaba la víspera del día del santo por mandato de la Justicia y regimiento de la ciudad; demostración no hecha en otras solemnidades, menos interesantes al pueblo.—Otro aprobante del libro observa, sin contradecirlo (Fray Francisco de Arcos): que el día del santo, *convando en cualquier parte de la tierra se hallaban carbones*.

Se recuerdan las pinturas que se conservaban en lugar preferente de nuestra Catedral, en representación del glorioso Mártir, de dos siglos de antigüedad.—Un manuscrito que se decía existente en la Biblioteca del Colegio de Nuestra Señora de la Asunción, abogando por la causa misma, y sus partidarios el P. Mtro. Torquemada, Trinitario, D. Gaspar y D. Francisco Torreblanca, D. Diego de Zea, el Dr. Jaraba, Fr. Pedro de la Epifanía y otros escritores, la mayor parte cordobeses.—Pero ante los argumentos también esforzados y calurosos, que dan á Huesca por patria del santo, el hecho no aparece resuelto.

Tal vez, no luce mucho tiempo que los oradores y panegiristas del Mártir insigne procedían con cierta libertad al indicar el punto de España en que nació. Recordamos la extrañeza con que un compatriota, afamado analista cordobés, oyó con singular enojo en un aniversario parroquial del santo, que se le hacía hijo de Huesca, y se despojaba á Córdoba de esta su gloria tradicional. Más es el caso que creemos que ni en libros de rezo ni en otra parte se determine el punto; y á la ciudad aragonesa se otorga este timbre en el libro de más circulación actual, en la materia: en el *Año cristiano* de Croisset, traducido por

Isla, y revisado y añadido por los Padres Centeno y Rojas, Agustinianos. La poesía popular contribuyó también á sustentar la causa de Córdoba. Así comenzaba una:

Córdoba hermosa patria,
de beldad perfecta dieno,
patria del fuerte laurencio,
con otros que en él acaricia.

Y en una larga serie de quintillas, el contemporáneo de nuestro autor, poeta fácil y equivoquista extremado D. Pedro Clemente Negrete, al fin del libro de Certámen, metrificaba en pro del asunto por el estilo de la estrofa siguiente:

Ciegos y manos, despojos
logran de su fe, pues sanos
volvían, sin darle ojos,
tanto como dió de manos
tanto como dió de ojos.

Añadamos algunas líneas acerca del autor, ahora que aficionados á nuestra bibliografía, suelen exhibir, desmenuzar y dar á luz este género de noticias. D. Francisco Carrillo tiene por apellido materno, el nombre de su patria, Córdoba. Del libro se desprenden algunos datos personales. No debía de ser muy abastado de riqueza, puesto que en Abril de 1676 se le prorrogó la licencia para imprimir dicho libro, que diez años antes se le había otorgado, por carecer de medios para realizarlo. Dice haber sido corregidor de Montoro: y parece abogado, y será familiares los libros de Jurisprudencia, lo que descubre en la manera de tratar ciertos puntos. Afirma tener más de cincuenta años: por donde, tomando la fecha en que se escribió el libro, y no la en que se imprimió, puede inferirse que el autor nació en 1615, poco más ó menos. Dejó manuscrita una obra acerca de *Los Mártires de San Pedro de Córdoba*.

Amantísimo de esta ciudad recuerda un verso de Triabaldo:

Docta cívica natis optat.

También escribía: «Córdoba poco ambiciosa de sus glorias, ha vivido siempre y vive sin cuidar de recogerlas; como se conoce si se advierte, que sola ella entre las ciudades de su porte está sin historia particular, ni general suya, habiendo tenido hijos tan grandes en todos siglos, y tantos y algunos tan célebres historiadores que han podido con sus historias honrar á ilustrar á España.» Excusa á Ambrosio de Morales por haber vivido muchos años fuera de esta ciudad.

Al recorrer las páginas de este libro se siente y palpa el carácter del tiempo, la

abstracción y reposo de la vida literaria, el apasionamiento de los escritores, la pequeñez de propósito que se entretiene en muchos de sus estudios. Al paso pueden recogerse especies curiosas.

Se daba á luz el libro en la minoría del reinado decadente de Carlos II, época en que la devoción rayaba en el extremo de la credulidad, y había duendes y hechizos y antos de fe por espectáculos. Nuestra población, sin la agitación, inquietud y noticierismo actuales, tal vez no se cuidaba de saber que en ese año de 73 se declaraba la guerra á Luis XIV, y que, en nuestro suelo se erigía el Hospital de Jesús, por un varón humilde, bienhechor de la ancianidad en aquel y posteriores siglos, y que se llamó el venerable Cristóbal de Santa Catalina. Regia la diócesis de Córdoba el Obispo don Francisco Alarcón y Covarrubias, y dado que aquellos fuesen días de oscuras nieblas y abatimiento triste, pudieran en profecía compararse bajo otro respecto con el final de este siglo de clarísimas luces, en que los abusos de la química, y la perversidad increíble de sectas horribles, hacen azarosa la vida.

F. DE B. PAVON.

EL REY DE COREA

Se han publicado algunas noticias relativas al reino de Corea, que hoy tienen actualidad, por los sucesos que allí se están desarrollando. Hoy vamos á dar una idea del Rey Li Hi, prisionero hoy de los japoneses, tomando los datos de un diario inglés.

Li Hi, el Monarca reinante en Corea, subió al trono en 1864 y es el XXIX de la dinastía, que empezó á reinar en 1392.

Cuando yo estaba en Oriente—escribe un corresponsal—hablaba todo el mundo no muy bien de este Rey, lo cual era debido á no tomar en cuenta las circunstancias que le rodeaban. En cuanto á mí, estando en Corea hace algunos años, quedé impresionado por la buena disposición y deseos de reforma que manifestaba el jefe de aquel perturbado país, ocupado hoy por tropas de los dos grandes rivales en Oriente, y de esta misma opinión participo cuantos han tenido contacto personal con Li Hi.

Mr. Denny, que fué unos años Director de Negocios Extranjeros en Chosen, estaba muy disgustado con que el Rey no fuera justamente apreciado. Hablando de él,

después de muchos años de trato personal, negaba la repetida afirmación de que el Rey era débil é irresoluto, siendo lo cierto que en muchos de los períodos de prueba del problema coreano, S. M. desplegó firmeza, calma y paciencia. Que no le falta fuerza de voluntad lo demostró en la actitud que tomó cuando China protestó contra el reconocimiento de Chosen como Estado independiente. Como mayor prueba de las buenas disposiciones del Rey, se cita que cuando se despacharon sus Embajadores á las costas del Oeste, Li Hi desafió las objeciones celestiales con una dignidad que ya había caracterizado la conducta de sus primeros años.

Verdad es que su lenguaje y actitud en algunas ocasiones han manifestado gran ansiedad; pero no eran manifestaciones de debilidad ni de cólera. Lo mejor que puede decirse del Rey es lo que dice su oprimido pueblo: «Por ser demasiado bueno, no sirve»; y en este punto es de notar que hasta los insurrectos, cuyos desórdenes han provocado la presencia de tropas de China y del Japón, le tratan en sus manifestos con términos de perfecta lealtad, quejándose únicamente de los abusos de la clase gobernante.

De las costumbres del Rey, se dice que son sobrias y arregladas, y personas que han hablado con él han dicho que desea el progreso y que está ávido de informes que le capaciten para llevar á su pueblo á mayor altura. Desgraciadamente, está sólo en esos esfuerzos, porque los aficionados á las ideas y costumbres occidentales, no tienen influencia ni partidarios, y los que poseen una y otros son los que se adhieren al pasado con una tenacidad digna de mejor causa. Si Corea ha permanecido estacionaria mientras que China y el Japón han adelantado, no ha sido culpa del Rey, sino debido á una decisiva aversión en todos los que le rodean para cuanto envuelva progreso ó cambio.

El Rey es pequeño de cuerpo, usa bigote negro y su aspecto es muy agradable.

Noticias.

De la prensa de Madrid y provincias tomamos lo siguiente:

Participan desde Zaragoza al *Globo*: «Llamado telegráficamente por el ministro de la Gobernación, anteaño se salió para Madrid, el gobernador civil, señor Barriobero.

Los que presumen hallarse bien ente-

desagradaba, siempre censuras, quejas, recriminaciones: si sabía ó no presentarme, si al convidarme á comer me adelantaba á sentarme antes que me señalaran mi asiento.

Esto le disgustó mucho aquel día en casa de la condesa de B..., que le puse en ridículo ¿y yo qué sabía? Era la primera vez que asistía á un banquete de la aristocracia, ignorando que cada convidado tiene su asiento señalado, y me fui á sentar á la derecha de la señora de la casa, creyendo agradarla; pero con qué acento y con qué mirada me dijo: «Señora baronesa, ese puesto pertenece al señor ministro, que hoy ha tenido la bondad de honrar nuestra mesa.» Mi marido me confundía con los ojos; yo estaba, en verdad, confusa; ¿pero merecía esta inadvertencia que se pasara un mes sin hablarme? ¿Qué culpa tengo yo de que esas aristócratas nuevas sean tan rígidas observadoras de la etiqueta? Jamás he vuelto á aquella casa que me hizo un desaire tan grande delante de todo el mundo; y luego, todos hablaban en inglés y en francés, no sólo allí, sino en todos los salones. No comprendo palabra, y prefiero quedarme en casa. Todas esas señoras son unas envidiosas, y no me saludan porque llevo mejor carruaje que ellas y mejor tronco de caballo; pero bien saben llevarse á mi marido, mientras que yo me desespero en este aislamiento horrible.

jo; infinitos jóvenes de la aristocracia me rodearon bien pronto, y entre ellos estaba Nazario; mi corazón, sediento de cariño, no pudo permanecer indiferente, y correspondí al amor inmenso que supo fingir, porque el verdadero fuego no se extingue con tanta facilidad.

Mi delicadeza y la de mi padre nos impidieron informarnos del estado de su fortuna; tenía un título de nobleza, era barón y heredero de un marqués millonario, y esto era bastante para halagar mi vanidad.

Nos casamos, y á los pocos días, mi dote de cincuenta mil duros, que mi padre le entregó en viejas onzas de oro, no bastó para pagar sus deudas; fué preciso que mi padre nos diese algunos fondos, y aún recurrimos al marqués, obligándole á mí, que jamás he adulado á nadie, á mí, que no puedo ver la farsa ni la mentira, á prodigar caricias y á fingir un afecto que nunca podré sentir por aquel viejo loco; pero estos mentidos halagos y los enredos de Nazario por malquistarle con sus parientes, nos valieron el que testara á nuestro favor y nos adelantara algunas sumas, con las cuales Nazario restableció su crédito y se hizo banquero, fundando todas esas sociedades que nos han hecho ricos. Hasta aquí Nazario me amó, fué bueno conmigo, me acompañaba á paseos, al teatro, á reuniones; después, todo en mí le

El barón de San Nazario habitaba un hermoso piso principal en la calle de Atocha; la parte exterior no aparentaba mucho; era una sala con dos balcones y dos gabinetes á cada lado; pero interiormente tenían distintas piezas con vistas á un hermoso jardín, al cual podían bajar por una escalera practicada en los dos extremos de un balcon largo, que pertenecía al comedor, alcanzando por un lado á la pieza de tocador de Esperanza, que era una salita tapizada de damasco azul, y un gabinete de baño, todo cubierto de cretona crema con flores.

Desde su ventana podía salir al gran balcon corrido, y allí, inmediatas, tenía unas escaleras para bajar al jardín; la otra comunicaba con el despacho del barón. El decorado de la casa era espléndido, demostrando la riqueza, pero no el buen gusto. Los muebles y los tapices estaban artísticamente colocados, como por mano de tapicero, faltando esos mil detalles que imprimen en su morada la mujer inteligente y distinguida.

En las consolas, y sobre el mármol de las chimeneas, se veían jarrones de porcelana con flores; pero era porque el jardinero las llevaba todas las mañanas para que las doncellas las colocasen. Ni en los veladores, ni sobre los muebles, se veían esas primorosas canastillas de labor, llenas de mil objetos caprichosos bordados y labores empezadas, que tienen

